

ID Y EVANGELIZAD

Nº120 septiembre y octubre de 2020

www.solidaridad.net

La injusticia no puede ser la última palabra



«Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada.»

Spe salvi, Benedicto XVI

La esposa que espera

La Iglesia y -en ella- cada uno de nosotros somos la esposa de Cristo. Cada día renovamos el desposorio en el Sagrado convite (*Sacrum convivium*) en el que la unión con el Amado es también corporal, unión de cuerpos en el mismo Espíritu. La Iglesia, pueblo sacerdotal, raza escogida (1 Ped 2, 9) en torno al Altar encuentra el gozo más profundo porque el Esposo ya está con ella para siempre. Este gozo, resplandor de la gloria del Cordero, es su fortaleza.

Pero, el Esposo no se muestra del todo, está velado en la misma medida que ofrecido por y para nosotros. La razón de su ocultamiento es que su Cuerpo, su Iglesia y en ella el resto de la humanidad, sigue sufriendo mientras peregrina en este mundo hasta la Pascua definitiva. Todo sufrimiento es causado por el pecado, y acaba en la muerte.

El mayor pecado, según el propio Cristo y la Tradición de la Iglesia, es la opresión de los débiles, desnudada en decenas de páginas de la Escritura como la del crimen del rey Ajaz contra el anciano Nabot que cuidaba con ternura de la herencia de sus padres, una sencilla viña. El poderoso manipuló testigos, jueces y pueblo para despojar y asesinar a Nabot y así disfrutar de su viña. La ira de Dios, manifestación de su Justicia y Misericordia, actuó inmediatamente, aunque le dio oportunidad de arrepentimiento Ajab. La historia de nuestra humanidad está tejida con millones de Nabot, con un abismo de pecado que se cobra la vida de los más indefensos. Hambre, esclavitud, abortos... pornografía, corrupción, explotación...

El Cuerpo, en especial el Corazón del Esposo están heridos. Sangran por tanto pecado y por sus víctimas. La pandemia provocada por el nuevo coronavirus también es fruto del pecado, aunque sea de lo que menos se hable. Una pandemia que enferma a toda la humanidad, pagando justos por pecadores, porque esa es la característica más propia del pecado, la injusticia que genera.



En portada: Aylan, de tres años fallecido en las costas de Turquía junto a su hermano Galip de 5 años y su madre. Huían de la guerra Siria y hallaron la muerte en la puerta -para ellos cerrada- de Europa (foto de Nilufer Demir).

Una humanidad que ha dado la espalda a Dios en tan grandes proporciones no puede esperar otra cosa que los frutos de su desvarío, entre ellos, la alteración de la naturaleza y las manipulaciones que los poderosos, los nuevos Ajab, hacen a su cargo: mayor sometimiento y control, crecimiento de la cultura de la soledad y el individualismo, obsesión por la salud y culto al propio ego... todo para asolar y apropiarse de la Viña del Señor.

El Señor ha provisto un tiempo, una historia para que en libertad acojamos su Don y cumplamos su Reino, en el que los Nabot se sienten en el primer puesto y sirvan su banquete para toda la humanidad. Es tiempo de espera, por tanto, de esfuerzo, de lucha confiada porque ya gozamos del desposorio aunque se nos vele su culminación. Cuanto más experiencia tengamos del más allá, esto es del Esposo, más razones tendremos para combatir aquí y ahora. Cuanto más alto miremos, más hondo sembraremos. La intensidad de nuestro deseo del cielo es la que marcará la capacidad de sacrificio de nuestro combate aquí en la tierra. ●

Análisis



Vida eterna: ¿todavía existe?

Juan Pablo II

En su libro «Cruzando el umbral de la esperanza», construido a partir de las respuestas del autor a una lista de preguntas que le fue enviada por los editores, Juan Pablo II nos regaló, entre otras muchas reflexiones, el lúcido e inspirado análisis sobre la escatología cristiana que reproducimos en este artículo. La pregunta era esta: «...algunos consideran que esta Iglesia tan locuaz se calla sobre lo esencial: la vida eterna: ¿El paraíso, el purgatorio y el infierno todavía «existen»? ¿Por qué tantos hombres de iglesia nos comentan continuamente la actualidad y ya casi no nos hablan de la eternidad, de esa unión definitiva con Dios que, ateniéndonos a la fe, es la vocación, el destino, el fin último del hombre?». He aquí la respuesta.

Por favor, abra la *Lumen gentium* en el capítulo VII, donde se trata la índole escatológica de la Iglesia peregrinante sobre la tierra, como también la unión de la Iglesia terrena con la celeste. Su pregunta no se refiere a la unión de la Iglesia peregrinante con la Iglesia celeste, sino al nexo entre la escatología y la Iglesia sobre la tierra. A este respecto, usted muestra que en la práctica pastoral este planteamiento en cierta manera se ha perdido y tengo que reconocer que, en eso, tiene usted algo de razón.

Recordemos que, en tiempos aún no muy lejanos, en las prédicas de los retiros o de las misiones, los [llamados] *novísimos* –[los últimos cuatro estados del ser humano:] muerte, juicio, infierno, gloria y purgatorio– constituían siempre un tema fijo del programa de meditación, y los predicadores sabían hablar de eso de una manera eficaz y sugestiva. ¡Cuántas personas fueron llevadas a la conversión y a la confesión por estas prédicas y reflexiones sobre las cosas últimas!

Además, hay que reconocerlo, ese estilo pastoral era profundamente personal: «Acuérdate de que al fin te presentarás ante Dios con toda tu vida, que ante Su tribunal te harás responsable de todos tus actos, que serás juzgado no sólo por tus actos y palabras, sino también por tus pensamientos, incluso los más secretos». Se puede decir que tales prédicas, perfectamente adecuadas al contenido de la Revelación del

Antiguo y del Nuevo Testamento, penetraban profundamente en el mundo íntimo del hombre. Sacudían su conciencia, le hacían caer de rodillas, le llevaban al confesonario, producían en él una profunda acción salvífica.

El hombre es libre y, por eso, responsable. La suya es una responsabilidad personal y social, es una responsabilidad ante Dios. Responsabilidad en la que está su grandeza. Comprendo qué es lo que teme quien llama la atención sobre la importancia de eso de lo que usted se hace portavoz, teme que la pérdida de estos contenidos catequéticos, homiléticos, constituya un peligro para esa fundamental grandeza del hombre. Cabe efectivamente que nos preguntemos si, sin ese mensaje, la Iglesia sería aún capaz de despertar heroísmos, de generar santos. No hablo tanto de esos «grandes» santos que son elevados al honor de los altares, sino de los santos «cotidianos», según la acepción del término en la primera literatura cristiana.

Es significativo que el Concilio nos recuerde también la llamada universal a la santidad en la Iglesia. Esta vocación universal, se refiere a todo bautizado, a todo cristiano. Y es siempre muy personal, está unida al trabajo, a la profesión. Es un rendir cuentas del uso de los propios talentos, de si el hombre ha hecho un buen o un mal uso de ellos. Y sabemos que las palabras del Señor Jesús, dirigidas al hombre que había enterrado el talento, son muy duras, amenazadoras (cfr. Mateo 25,25-30).

Se puede decir, que aun en la reciente tradición catequética y kerygmática de la Iglesia, dominaba una escatología, que podríamos calificar de individual, conforme a una dimensión, aunque profundamente enraizada en la divina Revelación. La perspectiva que el Concilio desea proponer es la de una escatología de la Iglesia y del mundo.

El título del capítulo VII de la *Lumen gentium*, que le proponía que leyera, ofrece esta propuesta: «Índole escatológica de la Iglesia peregrinante» (n. 48). Éste es el comienzo:

La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús, y en la cual por medio de la gracia de Dios conseguimos la santidad, no tendrá su cumplimiento sino en la gloria del Cielo, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hechos de los Apóstoles 1,21), y con el género humano también la creación entera –que está íntimamente

unida con el hombre y por medio de él alcanza su fin– será perfectamente renovada en Cristo. [...] Porque Cristo, cuando fue levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cfr. Juan 12, 2); resucitando de entre los muertos (cfr. Romanos 6,9) infundió en los Apóstoles Su Espíritu vivificador, y por medio de Él constituyó Su Cuerpo, que es la Iglesia, como universal sacramento de salvación; estando sentado a la derecha de Dios Padre, obra continuamente en el mundo para llevar a los hombres a la Iglesia y por medio de ella unirlos más estrechamente a sí mismo y, con el alimento del propio Cuerpo y de la propia Sangre, hacerlos partícipes de su vida gloriosa. Así que la restauración prometida que esperamos está ya comenzada en Cristo, y es impulsada por medio de la misión del Espíritu Santo y por Él continúa en la Iglesia, en la cual somos también instruidos por la fe sobre el sentido de nuestra vida temporal, mientras llevamos a término, con la esperanza de los bienes futuros, la obra que nos encomendó en el mundo el Padre, y damos cumplimiento a nuestra salvación (cfr. Filipenses 2,12). Ya ha llegado, pues, a nosotros la última fase de los tiempos (cfr. 1 Corintios 10,11) y la renovación del mundo está irrevocablemente fijada y en un cierto modo, real, es anticipada en este mundo: la Iglesia, ya sobre la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque imperfecta. Pero hasta que no lleguen los nuevos cielos y la tierra nueva, en los que la justicia tiene su morada (cfr. 2 Pedro 3,12), la Iglesia peregrinante, en sus Sacramentos y en sus instituciones, que pertenecen a la edad presente, lleva la imagen fugaz de este mundo, y vive entre las criaturas, que gimen y están con dolores de parto hasta ahora, suspirando por la manifestación de los hijos de Dios (cfr. Romanos 8,19-22).

El hombre es libre y, por eso, responsable. La suya es una responsabilidad personal y social, es una responsabilidad ante Dios. Responsabilidad en la que está su grandeza.

Hay que admitir que esta visión de la escatología estaba sólo muy débilmente presente en las predicaciones tradicionales. Y se trata de una visión originaria, bíblica. Todo el pasaje conciliar, antes citado, está realmente compuesto de textos sacados del Evangelio, de las Cartas apostólicas y de los Hechos de los Apóstoles. La escatología tradicional, que

giraba en torno a los llamados *novísimos*, está inscrita por el Concilio en esta esencial visión bíblica. La escatología, como ya he mostrado, es profundamente antropológica, pero a la luz del Nuevo Testamento está sobre todo centrada en Cristo y en el Espíritu Santo, y es también, en un cierto sentido, cósmica.

Nos podemos preguntar si el hombre con su vida individual, con su responsabilidad, su destino, con su personal futuro escatológico, su paraíso o su infierno o purgatorio, no acabará por perderse en esa dimensión cósmica. Reconociendo las buenas razones de su pregunta, hay que responder honestamente que sí: el hombre en una cierta medida está perdido, se han perdido también los predicadores, los catequistas, los educadores, porque han perdido el coraje de «amenazar con el infierno». Y quizá hasta quien los escucha haya dejado de tenerle miedo.

De hecho, el hombre de la civilización actual se ha hecho poco sensible a las «cosas últimas». Por un lado, a favor de tal insensibilidad actúan la secularización y el secularismo, con la consiguiente actitud consumista, orientada hacia el disfrute de los bienes terrenos. Por el otro lado, han contribuido a ella en cierta medida los infiernos temporales, ocasionados por este siglo que está acabando. Después de las experiencias de los campos de concentración, los gulag, los bombardeos, sin hablar de las catástrofes naturales, ¿puede el hombre esperar algo peor que el mundo, un cúmulo aun mayor de humillaciones y de desprecios? ¿En una palabra, puede esperar un infierno?

Así pues, la escatología se ha convertido, en cierto modo, en algo extraño al hombre contemporáneo, especialmente en nuestra civilización. Esto, sin embargo, no significa que se haya convertido en completamente extraña la fe en Dios como Suprema Justicia; la espera en Alguien que, al fin, diga la verdad sobre el bien y sobre el mal de los actos humanos, y premie

el bien y castigue el mal. Ningún otro, solamente Él, podrá hacerlo. Los hombres siguen teniendo esta convicción. Los horrores de nuestro siglo no han podido eliminarla: «Al hombre le es dado morir una sola vez y, luego: el juicio» (cfr. Hebreos 9,27).

Esta convicción constituye además, en cierto sentido, un denominador común de todas las religiones monoteístas, junto a otras. Si el Concilio habla de la índole escatológica de la Iglesia peregrinante, se basa también en este conocimiento. Dios, que es justo Juez, el Juez que premia el bien y castiga el mal, es realmente el Dios de Abraham, de Isaac, de Moisés,



Almas liberadas del purgatorio, del Libro de las horas de Catherine de Cleves, c. 1440.

y también de Cristo, que es Su Hijo. Este Dios es en primer lugar Amor. No solamente Misericordia, sino Amor. No solamente el padre del hijo pródigo; es también el Padre que «da a Su Hijo para que el hombre no muera sino que tenga la vida eterna» (cfr. Juan 3,16).

Esta verdad evangélica de Dios determina un cierto cambio en la perspectiva escatológica. En primer lugar, la escatología no es lo que todavía debe venir, lo que vendrá sólo después de la vida eterna. La

escatología está ya iniciada con la venida de Cristo. Evento escatológico fue, en primer lugar, Su Muerte redentora y Su Resurrección. Éste es el principio «de un nuevo cielo y de una nueva tierra» (cfr. Apocalipsis 21,1). El futuro de más allá de la muerte de cada uno y de todos se une con esta afirmación: «Creo en la Resurrección de la carne»; y también: «Creo en la remisión de los pecados y en la vida eterna». Ésta es la escatología cristocéntrica.

En Cristo, Dios ha revelado al mundo que quiere que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2,4). Esta frase de la Primera Carta a Timoteo tiene una importancia fundamental para la visión y para el anuncio de las cosas últimas. Si Dios desea esto, si Dios por esta causa entrega a Su Hijo, el cual a su vez obra en la Iglesia mediante el Espíritu Santo, ¿puede el hombre ser condenado, puede ser rechazado por Dios?

Desde siempre el problema del infierno ha turbado a los grandes pensadores de la Iglesia, desde los comienzos, desde Orígenes, hasta nuestros días, hasta Michail Bulgakov y Hans Urs von Balthasar. En verdad que los antiguos concilios rechazaron la teoría de la llamada apocatástasis final, según la cual el mundo sería regenerado después de la destrucción, y toda criatura se salvaría; una teoría que indirectamente abolía el infierno. Pero el problema permanece. ¿Puede Dios, que ha amado tanto al hombre, permitir que éste lo rechace hasta el punto de querer ser condenado a perennes tormentos? Y, sin embargo, las palabras de Cristo son unívocas. En Mateo habla claramente de los que irán al suplicio eterno (cfr. 25,46). ¿Quiénes serán éstos? La Iglesia nunca se ha pronunciado al respecto. Es un misterio verdaderamente inescrutable entre la santidad de Dios y la conciencia del hombre. El silencio de la Iglesia es, pues, la única posición oportuna del cristiano. También cuando Jesús dice de Judas, el traidor, que «sería mejor para ese hombre no haber nacido» (Mateo 26,24), la afirmación no puede ser

¿El Dios que es Amor no es también Justicia definitiva? ¿Puede Él admitir estos terribles crímenes, pueden quedar impunes? (...) ¿Un infierno no es en cierto sentido «la última tabla de salvación» para la conciencia moral del hombre?

Es sobre todo el Amor el que juzga. Dios, que es Amor, juzga mediante el amor. Es el Amor quien exige la purificación.

entendida con seguridad en el sentido de una eterna condenación.

Al mismo tiempo, sin embargo, hay algo en la misma conciencia moral del hombre que reacciona ante la pérdida de una tal perspectiva: ¿El Dios que es Amor no es también Justicia definitiva? ¿Puede Él admitir estos terribles crímenes, pueden quedar impunes? ¿La pena definitiva no es en cierto modo necesaria para obtener el equilibrio moral en la tan intrincada historia de la humanidad? ¿Un infierno no es en cierto sentido «la última tabla de salvación» para la conciencia moral del hombre?

La Sagrada Escritura conoce también el concepto de *fuego purificador*. La Iglesia oriental lo asume como bíblico, y en cambio no acoge la doctrina católica sobre el purgatorio.

Un argumento muy convincente acerca del purgatorio se me ha ofrecido –aparte de la bula de Benedicto XII en el siglo XIV–, sacado de las Obras místicas de san Juan de la Cruz. La «llama de amor viva», de la que él habla, es en primer lugar una llama purificadora. Las noches místicas, descritas por este gran doctor de la Iglesia por propia experiencia, son en un cierto sentido eso a lo que corresponde el purgatorio. Dios hace pasar al hombre a través de un tal purgatorio interior toda su naturaleza sensual y espiritual, para llevarlo a la unión con Él. No nos encontramos aquí frente a un simple tribunal. Nos presentamos ante el poder del mismo Amor.

Es sobre todo el Amor el que juzga. Dios, que es Amor, juzga mediante el amor. Es el Amor quien exige la purificación, antes de que el hombre madure por esa unión con Dios que es su definitiva vocación y su destino.

Quizá esto baste. Muchos teólogos, en Oriente y en Occidente, también teólogos contemporáneos, han dedicado sus estudios a la escatología, a los *novísimos*. La Iglesia no ha cesado de mantener su conciencia escatológica. No ha cesado de llevar a los hombres a la vida eterna. Si cesara de ser escatológica, dejaría de ser fiel a la propia vocación, a la Nueva Alianza, sellada con ella por Dios en Jesucristo. ●

El Amor nos regala una última oportunidad

Hans Urs von Balthasar

En esta homilía, emitida en su día por la radio Suiza, el sacerdote católico y teólogo Hans Urs von Balthasar (1905-1988), que fuera fundador con Henri de Lubac y Joseph Ratzinger de la revista Communio, nos recuerda una verdad que muchos cristianos tratamos con frecuencia de esquivar desviando la mirada: que las oportunidades para la conversión se agotan y que, por tanto, el purgatorio –con todos sus sufrimientos– nos espera a la vuelta de la esquina. Y así lo exige el amor infinito de Dios por su criatura.

En el *Cantar de los Cantares* podemos leer: «fuerte como la muerte es el amor, cruel como el infierno la pasión» (Cnt. 8,6). Jesús hace también afirmaciones duras como esta. Afirmaciones que no encajan con la imagen almibarada y frágil que muchas personas se hacen del Hombre de Nazaret. Debemos prepararnos para tal reciedumbre cuando escuchemos el Evangelio de este domingo:

En una ocasión llegaron algunos a contar a Jesús lo de aquellos galileos cuya sangre derramó Pilato en sus sacrificios. Les respondió Jesús: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos porque han sufrido tal desgracia? Os aseguro que no; y, a menos que os convirtáis, todos pereceréis del mismo modo. ¿O pensáis que aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé y los mató eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os aseguro que no; y, a menos que os convirtáis, todos pereceréis del mismo modo.

Y les dijo esta parábola: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña; fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué ha de ocupar terreno inútilmente?” Pero él le respondió: “Señor, déjala todavía por este año. Mientras tanto, cavaré a su alrededor y echaré abono, por si diera fruto más adelante. Y si no lo da, la cortas”» (Lc 13,1-9).

Dos verdades se contraponen en estas palabras de

Jesús. La primera se refiere tanto a la atrocidad cometida por el gobernador romano, como al desastre en la piscina de Siloé –el colapso de una torre que enterró vivas a dieciocho personas–. ¿Deberían interpretarse ambas tragedias como una retribución por la culpa de los que perecieron, tal como los fariseos se inclinaban a creer? Jesús responde con no categórico. La segunda verdad se relaciona con los mismos episodios, pero se completa con la parábola de la higuera. ¿Eran inocentes los

afectados por la desgracia? No, dice Jesús, pero eran tan pecadores como vosotros que hacéis la pregunta y que estáis tan expuestos al castigo como aquellos que lo sufrieron.

La única lección razonable que se puede extraer de las noticias sobre crímenes y accidentes que publican las secciones de sucesos de los periódicos es esta: convertíos, cambiad de vida, dadle un giro de 180 grados. Y no lo dejéis para más adelante, cuando a vosotros os convenga, cuando la recesión apriete y los medios de vida escaseen, hacedlo ahora mismo, porque el tiempo es de Dios y, como dice Juan el Bautista, el hacha ya está puesta en la raíz de vuestro árbol. Para la higuera era el momento ideal de dar el fruto que se había estado esperando con impaciencia; incluso el viñador, que solicita el aplazamiento de las drásticas medidas ordenadas, tiene que admitir que el año próximo puede ser ya demasiado tarde si el árbol permanece sin fruto y agota el suelo como un parásito.

En modo alguno se puede decir que el amor de Dios esté ausente en este pasaje del Evangelio. De hecho, se expresa de múltiples formas. Pero se trata de un amor que, por así decirlo, el hombre ha «estirado» tanto, que parece haber llegado al límite de su paciencia y se ve obligado a adoptar la forma de una advertencia.

En primer lugar, Jesús dice que Dios no castiga a los pecadores directamente de acuerdo con sus actos

y que, por tanto, el sufrimiento que los alcanza no es en modo alguno una indicación de la magnitud de su culpa. Algunos, con más en su contra, son, sin embargo, dispensados.

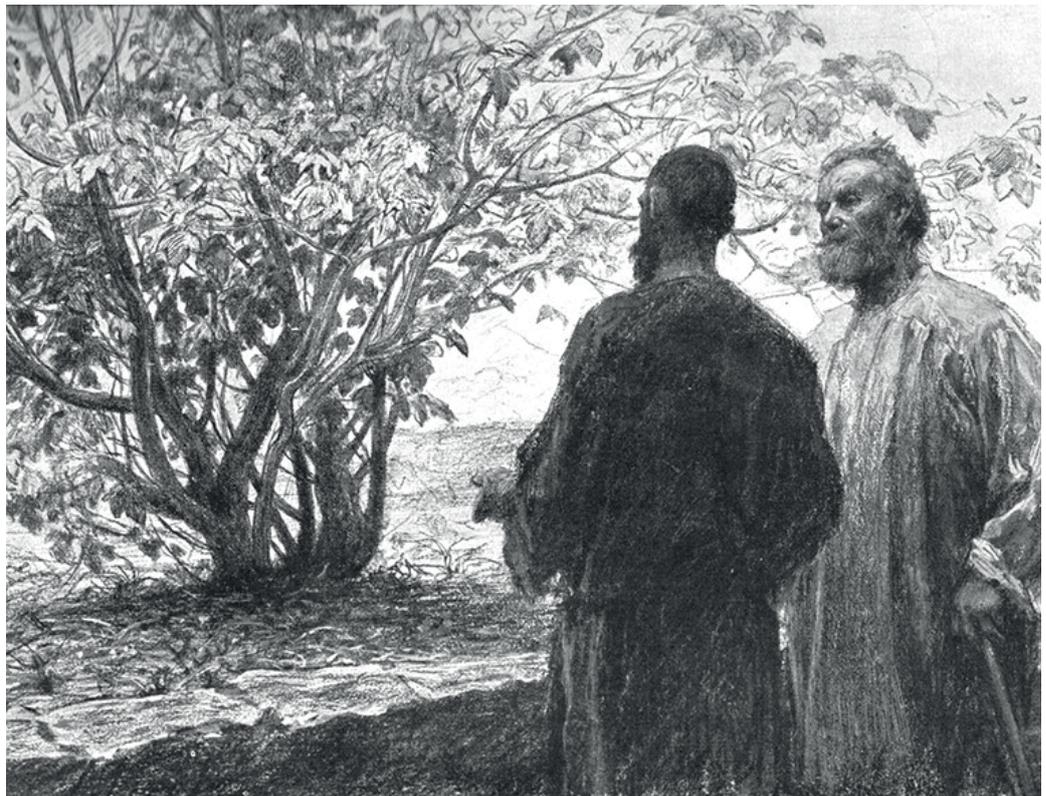
En segundo lugar, ofrece a sus interlocutores una oportunidad. La desgracia de sus semejantes debería ser una advertencia para ellos. Deberían tomarla como una señal de Dios para cambiar el curso de sus vidas. Obsérvese con cuanto énfasis habla Jesús de «todos los demás habitantes de Jerusalén», de aquellos que, si no cambian, perecerán de la misma manera: Jesús prevé la inminente y terrible ruina de la ciudad de rígida cerviz.

En tercer lugar: según Jesús, está en la naturaleza de la higuera el dar fruto. Dios le ha dado una capacidad innata para el bien, para ser útil. De la misma manera, el hombre solo necesita seguir su instinto natural para responder al requerimiento de fecundidad de Dios.

En cuarto lugar, contamos con la buena voluntad del viñador, que solicita un último aplazamiento y que está dispuesto a hacer todo lo posible, cavando y abonando, para obtener fruto del árbol recalcitrante.

Y en quinto lugar, el Señor de la viña cede, otorgando el aplazamiento solicitado.

El amor está definitivamente presente e ilumina todos los rincones del pasaje evangélico, pero, ante la tibieza y falta de amor de los hombres y su hábito de acusar a otros del pecado, pero excusarse a sí mismos, tiene que asumir las características de un poder recio y sin contemplaciones: «fuerte como la muerte es el amor, cruel como el infierno la pasión». Llega un momento en el que la magnanimidad de Dios se agota, el hombre no aprovecha el tiempo que le queda. Entonces el amor de Dios tiene que recurrir a otros métodos.



La higuera estéril, de Eugene Burnand (1850-1921)..

El juicio al que están sometidos todos los pecadores –del cual no saldrán, tras un tiempo más corto o más largo, sin ser purificados–, debe ser inflexible y no admite perdón. Precisamente porque lo que está en juego es la posibilidad del perdón definitivo.

Por favor, entiéndase que estoy hablando del amor de Dios. No estoy diciendo que el amor de Dios esté intrínsecamente limitado por su justicia. Mucha gente lo ha entendido así. Pero ninguna de las cualidades de Dios es limitada y mucho menos su amor. Tampoco lo es su justicia o su misericordia. Todas estas cualidades se interrelacionan plenamente. No podemos decir que Dios es injusto cuando en la parábola de los trabajadores contratados para trabajar en la viña, paga al último jornalero lo mismo que a los que han trabajado desde por la mañana. El hecho de que la justicia y el amor coincidan en Dios fue uno de los descubrimientos más felices de santa Teresita. Es cierto, sin embargo, que en cierto momento el amor de Dios debe tomar medidas severas para lograr sus objetivos. El juicio al que están sometidos todos los pecadores –del cual no saldrán, tras un tiempo más

corto o más largo, sin ser purificados—, debe ser inflexible y no admite perdón. Precisamente porque lo que está en juego es la posibilidad del perdón definitivo.

Vale la pena detenerse por un momento en esta idea del juicio. Los católicos creen en la existencia del purgatorio, un período de purificación. Pablo habla de él de modo muy explícito en su primera carta a los Corintios:

[...] la obra de cada uno quedará patente. La pondrá al descubierto el Día, que vendrá acompañado de fuego. Y el fuego probará el valor de la obra de cada uno. Si la obra que uno edificó permanece, recibirá la recompensa; si su obra arde, sufrirá el daño; sin embargo, él se salvará, como quien pasa a través del fuego (1 Cor 3: 13-15).

La conversión es siempre un proceso doloroso y solitario. Nadie puede hacerlo por mí y debo aprender a amar cosas que antes no me gustaban y renunciar a las cosas que antes apreciaba.

Aquí vemos esa falta de contemplaciones del amor de la que antes hablábamos. Pero ahora, en lugar de adoptar la forma de una advertencia en la dimensión del tiempo, comienza a adoptar sus medidas en el umbral de la eternidad. El purgatorio no es sino un aspecto del juicio; es el juicio en pleno desarrollo. Se nos mide según una norma inflexible a la que debemos conformarnos para entrar en el reino del amor eterno. Y a él debemos llegar. El fuego del amor divino debe quemar en nosotros todo lo que no sea conforme a él. Y, dependiendo de cómo hayamos vivido aquí en la tierra, esto puede ser más o menos doloroso; puede llegar a suponer una aflicción terrible. Puede llegar a suceder que toda nuestra superestructura terrenal, todo aquello con lo que creíamos identificarnos aquí en la tierra, se incendiará y sus ruinas en llamas caerán sobre nosotros como la torre de Siloé. «Sufrirá el daño», dice Pablo, lamentará la inutilidad y la perversidad de su vida y, avergonzado y deshonrado, tendrá que ir a sentarse con los párvulos a aprender el ABC del amor verdadero. Hasta ahora, todo lo que sabía (y lo sabía de memoria) era el ABC del egoísmo. ¿Qué puede hacer la misericordia divina con alguien así? Ni siquiera podría entenderlo; él ni siquiera sabría cómo

aceptarlo. El pecador necesita una especie de lavado de cerebro para hacerle comprender lo que subyace al amor de Dios. Al final, sin embargo, las ideas que Dios tiene son las únicas verdaderas y, sin duda, acabaremos sometiéndonos a ellas. En el curso del juicio y en medio el fuego que lo acompaña, tendremos que caminar lentamente hacia la idea que todo lo abarca, hacia la noción final de la inventiva de Dios, hacia el Hijo crucificado de Dios. Él es la verdad y esta verdad tengo que dejármela decir. La verdad del pecado: esa es tu contribución. La verdad de la gracia: eso es lo que Dios ha hecho por ti. La conversión es siempre un proceso doloroso y solitario. Nadie puede hacerlo por mí y debo aprender a amar cosas que antes no me gustaban y renunciar a las cosas que antes apreciaba.

Ahora dejemos el purgatorio y retornemos al mundo. Como cristianos, no podemos interpretar el sufrimiento en el mundo sino como el amor divino volviendo su rostro ante su terrible pecaminosidad. Nos puede parecer que aquellos que son menos pecadores sufren más. Su sufrimiento es, sin duda, en beneficio de los demás. Los galileos mencionados en el Evangelio estaban sacrificando sus animales en el Templo cuando fueron ellos mismos sacrificados. Comparados con otros, eran pecadores temerosos de Dios. Quienes menos culpa tienen pueden ser encarcelados en campos de concentración o desterrados al Archipiélago Gulag. Esta verdad surge de la Cruz de Cristo: los mejores pueden sufrir en nombre de los peores. O, mejor dicho, «tienen el privilegio de sufrir» en su nombre. Y este sufrimiento puede ser áspero y brutal. Esto es algo que debemos recordar cuando, en nuestro sufrimiento, llegamos al límite de nuestra tolerancia; nos dará ánimo y nos ayudará a no amargarnos.

Sin embargo, ante todo, debemos escuchar la apremiante nota de advertencia de las palabras de Jesús: «a menos que os convirtáis, todos pereceréis del mismo modo». Este «a menos» implica la posibilidad de evitar el desastre. Jerusalén podría haberse arrepentido. Todos podríamos arrepentirnos y así nuestro futuro sería diferente. El hacha se coloca en las raíces de los árboles, pero muchos responden a las palabras del Bautista, se convierten y se bautizan. La higuera podría dar frutos el próximo año (es su última oportunidad) y así escapar de la destrucción. *Señor, déjala todavía por este año... por si diera fruto en adelante. Y si no lo da... entonces, en nombre de Dios y para su mayor gloria, para que pueda dejar espacio para otras y mejores cosas: la cortas.* ●

La injusticia no puede ser la última palabra

Benedicto XVI

En estos pasajes que extractamos de la Encíclica Spe salvi el papa Benedicto XVI, con su característico esfuerzo para poner en diálogo entre fe y razón, sostiene como mejor argumento en favor de la vida eterna, la convicción de que la injusticia en la historia no puede ser la última palabra. En absoluto.

El ateísmo de los siglos XIX y XX, por sus raíces y finalidad, es un moralismo, una protesta contra las injusticias del mundo y de la historia universal. Un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno. [...].

Y puesto que no hay un Dios que crea justicia, parece que ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia. Ahora bien, si ante el sufrimiento de este mundo es comprensible la protesta contra Dios, la pretensión de que la humanidad pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa. Si de esta premisa se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia, no es fruto de la casualidad, sino que se funda en la falsedad intrínseca de esta pretensión. Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo.

Así, los grandes pensadores de la escuela de Frankfurt, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, han criticado tanto el ateísmo como el teísmo. Horkheimer ha excluido radicalmente que pueda encontrarse algún sucedáneo inmanente de Dios, pero rechazando al mismo tiempo también la imagen del Dios bueno y justo [...] Adorno [...] ha afirmado que [...] una verdadera justicia, requeriría un mundo «en el cual no sólo fuera suprimido el sufrimiento presente, sino también revocado lo que es irrevocablemente pasado». Pero esto significaría [...] que no puede haber justicia sin resurrección de los muertos [...].

Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la «revocación» del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en

el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero sólo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en absoluto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva.

La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. Ef 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor.

Contra este tipo de cielo y de gracia ha protestado con razón, por ejemplo, Dostoyevsky en su novela *Los hermanos Karamazov*. Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada. [...] En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma [...], arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable.

Hemos de notar aquí que, en esta parábola, Jesús no habla del destino definitivo después del Juicio universal, sino que se refiere a una de las concepciones del judaísmo antiguo, es decir, la de una condición intermedia entre muerte y resurrección, un estado en el que falta aún la sentencia última. Esta visión del antiguo judaísmo de la condición intermedia incluye la idea de que las almas no se encuentran simplemente en una especie de recinto provisional, sino que padecen ya un castigo, como demuestra la

parábola del rico epulón, o que por el contrario gozan ya de formas provisionales de bienaventuranza. Y, en fin, tampoco falta la idea de que en este estado se puedan dar también purificaciones y curaciones, con las que el alma madura para la comunión con Dios.

La Iglesia primitiva ha asumido estas concepciones, de las que después se ha desarrollado paulatinamente en la Iglesia occidental la doctrina del purgatorio. No necesitamos examinar aquí el complicado proceso histórico de este desarrollo; nos preguntamos solamente de qué se trata realmente. La opción de vida del hombre se hace definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada reme-



Un padre llora sobre el cuerpo de su hijo muerto tras una atentado suicida el 3 de octubre de 2012 en Aleppo, Siria. Foto de Manu Brabo.

diable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra infierno. Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son.

No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres –eso podemos suponer– queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una vez más desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez? Toda la suciedad que ha acumulado en su vida, ¿se hará de repente irrelevante? O, ¿qué otra cosa podría ocurrir?

San Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, nos da una idea del efecto diverso del juicio de Dios sobre el hombre, según sus condiciones. Lo hace con imágenes que quieren expresar de algún modo lo invisible, sin que podamos traducir estas imágenes en conceptos, simplemente porque no podemos asomarnos a lo que hay más allá de la muerte ni tenemos experiencia alguna de ello. Pablo dice sobre la existencia cristiana, ante todo, que ésta está construida sobre un fundamento común: Jesucristo. Éste es un fundamento que resiste. Si hemos permanecido firmes sobre este fundamento y hemos construido sobre él nuestra vida, sabemos que este fundamento no se nos puede quitar ni siquiera en la muerte. Y continúa: «Encima de este cimiento edifican con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno o paja. Lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa, mientras que aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego» (1 Cor 3,12-15). En todo caso, en este texto se muestra con nitidez que la salvación de los hombres puede tener diversas formas; que algunas de las cosas construidas pueden consumirse totalmente; que para salvarse es necesario atravesar el «fuego» en primera persona para llegar a ser defi-

nitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno.

Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, «como a través del fuego». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. Así se entiende también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría.

Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la «duración» de este arder que transforma. El «momento» transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del «paso» a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo. El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación « con temor y temblor » (Fil 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro «abogado», *parakletos* (cf. 1 Jn 2,1).●

Historia

«Que los pobladores de tales islas y tierras abracen la religión cristiana»

M. Mar Arous

Dijo san Juan Pablo II: «Ninguna obra ha hecho Europa tan importante como la creación de las naciones americanas, en las que está además el futuro de la Iglesia, y eso se debió al empeño de la reina Isabel por llevar allá el cristianismo con todos sus valores humanos». Si la justicia es, como dijo el jurista Ulpiano, «dar a cada uno lo suyo», en el artículo que presentamos la autora –historiadora de formación y vocación–, acude a las mejores fuentes para hacer justicia a la figura de Isabel de Castilla: la Reina Católica.

Ante determinados hechos del pasado, que hoy no están bien vistos por la ideología que impera en el poder, tendríamos que preguntarnos: ¿podrían en aquellos momentos haberse desarrollado las cosas de otra forma? Debemos entender que la historia es comprender y hacer comprender, haciendo el esfuerzo de entender la visión del otro para así entrar en diálogo. Pero ello solo puede ser posible deshaciendo tópicos manidos, leyendas... muchas veces malintencionadas; por pura ignorancia o con fines «politiqueros».

El oficio del historiador no es el del juez que condena o absuelve, sino el de quien se esfuerza por situar en su contexto cada personaje y

hecho histórico. No se puede utilizar la historia para dar rienda suelta a fobias, impartir etiquetas o levantar tribunales.

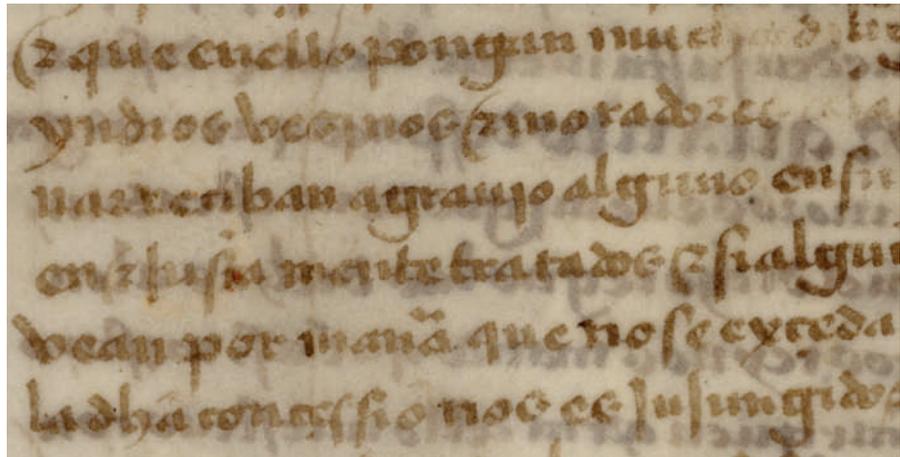
Y esto es lo que ocurre cuando se analiza un hecho tan importante como fue el Descubrimiento de América y el papel que jugó Isabel la Católica. Una más de tantas leyendas negras de nuestra historia. Esta leyenda podía haber acabado en su día con la celebración del V Centenario del descubrimiento de América. Sin embargo, algunas oscuras fuerzas de poder utilizaron el evento para atacar y perseguir a la Iglesia y su misión evangelizadora.

Julián Marías advirtió que uno de los hechos más importantes de la



[...] e non consientan ni den lugar que los yndios bezinos (e moradores en las dichas Indias e tierra firme, ganadas e por ganar, **reciban agravio alguno en sus personas e bienes**; mas mando que **sean bien (e justamente tratados** (e si algun agravyo ha recebido lo remedien [...])

(Codicilo Testamentario de la Reina Isabel, Medina del Campo, 23 de noviembre de 1504).



historia universal fue convertido en algo negativo por la alianza de tres elementos: ignorancia, estupidez y pasividad.

La Corona española jamás quiso, ni programó, ni en modo alguno ordenó su política colonial a la destrucción y exterminio de los pueblos o razas de América, sino todo contrario; a pesar de ciertas actuaciones privadas y de particulares actos criminales que expresamente condenó y sancionó. La leyenda negra está saturada de burdos argumentos capciosos que se quieren hacer pasar por verdaderos.

Desde la América del Norte hasta los virreinos del Perú y el Río de la Plata, se levantaron misiones, reducciones, colegios e imprentas. Los misioneros estudiaron las lenguas de los indios y, como recuerda el gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña, «ofrecían cursos de lenguas indígenas como preparación para los estudiantes de teología que debían enseñar y predicar». Redactaron gramáticas y diccionarios. A donde fueron, enseñaron técnicas de cultivo, construcción e ingeniería civil. Predicaron la fe de Cristo. Durante las guerras Guaraníticas (1754-1756), cuando los bandeirantes portugueses y los cazadores de esclavos trataron de adentrarse desde el Brasil hacia los territorios del Paraguay, los jesuitas se pusieron del lado de los indios.

La historia de América hubiera sido muy distinta sin estos hombres que lo mismo predicaban que edificaban un colegio.

Como decía José Luis Rubio Cordón, profesor de Movimientos Políticos-sociales Iberoamericanos de la facultad de Ciencias Políticas de la Complutense, «lo más importante del Descubrimiento de América fue la misión evangelizadora». Tenemos que recordar que cuando celebramos la eucaristía, millones de hermanos rezan a Cristo en aimara, en quechua, en guaraní y en una gran variedad de acentos del español de América: «Mi casa será llamada Casa de oración para todos los pueblos» (Isaías 56,7)

Es obligado recordar a José María Javierre, escritor del libro *Isabel la Católica: el enigma de una reina*. Como él dice, es un converso de Doña Isabel, pues durante mucho tiempo si querías ser progre, estar al día, tenías que acusarla porque era franquista, beata, maloliente, tirana, imperialista, falangista con el yugo y las flechas, racista... y todo había que creérselo. Algunos españoles siempre han sido bastantes crueles con su propia historia, sin verse obligados a estudiar la historia calmadamente y con documentos primarios.

A la exaltación nacional de la reina Isabel, característica del fran-

quismo, respondieron los llamados intelectuales progresistas difundiendo decenas de acusaciones interpretadas a su manera. Y lo peor de todo es que los españoles nos hemos dejado impresionar por la «leyenda negra» elaborada en otros países con llamativas manipulaciones y distorsiones históricas.

Terminaremos con esta larga cita de Vicente Cárcel Ortiz, tomada de su *Breve historia de la Iglesia en España*:

«Isabel la Católica no conquistó América, ella fue la primera que la descubrió al reconocer que sus habitantes eran hombres como los demás, redimidos por Cristo y, por consiguiente, con todos los derechos humanos. La conquista de América fue una de las cosas mejores que se pudieron hacer nunca. El profesor Luis Suárez afirma que “Sin esta postura de Isabel la Católica no se habría llegado a la Constitución de Estados Unidos, que repite prácticamente lo que ella dijo, que Dios nos ha hecho a todos libres, iguales y en búsqueda de la felicidad, y ése era su testamento”. Por eso en América no hay una oposición, al contrario, existe un poco la actitud opuesta de decir “pero bueno, cómo esos europeos pueden ser tan ciegos que no se dan cuenta de que aquello fue el gran momento”. Luego, por razones políticas siempre hay gente que empieza hablar de las atrocidades

que se cometieron. América en el siglo XVII es un oasis de paz al lado de lo que es Europa; Europa vivía por, para y en la guerra, la de los 30 años que alcanzó niveles de crueldad nunca antes imaginados; en América, la guerra era una palabra casi desconocida; naturalmente que había delitos, como en todas partes.

»La evangelización ocupó un primer plano en la acción descubridora de América; por ello, Isabel la Católica levantó su enérgica protesta cuando supo de un cargamento de quinientos indios traídos como esclavos por Colón para ser vendidos en Andalucía en 1495. Para la reina aquellos indios eran sus vasallos, no sus esclavos, porque tenían alma y derechos... Las tierras descubiertas fueron para ella una responsabilidad asumida a la que se entregó en cuerpo y alma, para que los moradores

de aquellas tierras fueran instruidos en la fe católica. La política de Isabel fue siempre misionera. Así fue rescatando uno a uno a los indios que llegaron a Sevilla y su conciencia hizo que se adelantara varios siglos a las legislaciones de derechos humanos de nuestros días. “Gobernó con justicia y con criterios sobrenaturales”, llegaron a escribir sus contemporáneos. Y en el codicilo de su testamento demostró su amor a los indígenas de las tierras descubiertas con estas palabras: “Tratadlos como a mis súbditos de Castilla”.

»Gracias a la confianza y concesiones de los papas Alejandro VI y Julio II, pudieron los misioneros enmendar los errores y violencias de los conquistadores, pues crearon conciencia moral, evitaron muchas injusticias, frenaron atropellos, sembraron humanidad, convivencia

Sin esta postura de Isabel la Católica no se habría llegado a la Constitución de Estados Unidos, que repite prácticamente lo que ella dijo.

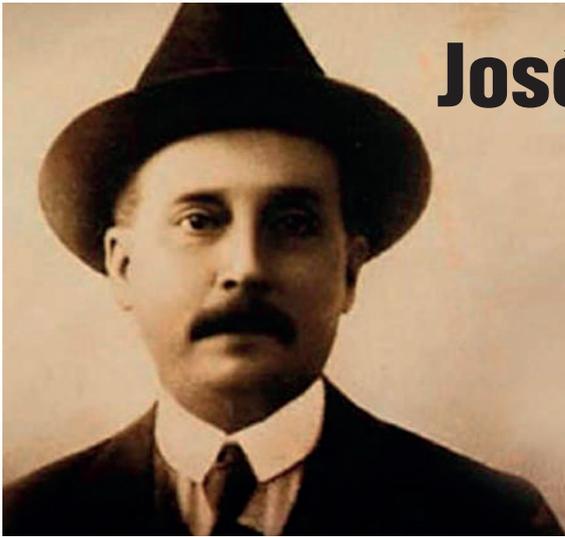
y amor en una sociedad condenada a estar muy dividida, enseñaron nuevas lenguas, elaboraron las primeras gramáticas y diccionarios, crearon hospitales, colegios y universidades.

»La Corona, en el asunto de la evangelización de los indígenas, mostró un cuidadoso celo e interés y sus exigencias se plasmaron en leyes y normas que urgían a los eclesiásticos al cumplimiento estricto y generoso de sus obligaciones. La evangelización de los indígenas, fruto de la colaboración de la Iglesia y de la monarquía, es un fenómeno histórico, único y singular en la historia de la Iglesia y del cristianismo, y, como tal, debe ser entendido, aceptado y analizado, y menos olvidado, pues parece que cierta historiografía eclesial contemporánea desea eludirlo y silenciarlo.

»Los reyes se opusieron a la esclavitud de los indios en un momento en el que los cristianos se creían con derecho a esclavizar a los musulmanes y éstos con el suyo a esclavizar a los cristianos porque ésta era la mentalidad propia de una época que vivía todavía en el espíritu del feudalismo y aceptaba como normal la servidumbre de campesinos que se vendían y adquirían con sus tierras. La legislación relativa a América estuvo enteramente inspirada por el espíritu misionero. Los misioneros fueron defensores de los indios, frente a los abusos y prepotencias de los conquistadores, que no siempre pudieron evitar; y entre todos ellos destacó fray Bartolomé de Las Casas».



Isabel la Católica, anónimo (c. 1490) Museo del Prado.



José Gregorio Hernández Cisneros, el último tomista

Gustavo J. Villasmil-Prieto

El autor, médico profesor de medicina en la Universidad Central de Venezuela, nos proporciona en sus estudios (de los que ofrecemos un extracto) una semblanza del futuro santo venezolano que al situarlo de forma realista y documentada en el contexto cultural de su tiempo nos permite apreciar con claridad las virtudes cristianas que lo han convertido en modelo de vida.

El profesor y doctor José Gregorio Hernández Cisneros ha sido estudiado profusamente en sus facetas tanto de hombre de ciencia como de fe. De la primera se han ocupado reconocidos historiadores de la medicina venezolana quienes refiriéndose a los aportes de Hernández Cisneros en el campo de la bacteriología han destacado sus méritos como fundador de la primera cátedra universitaria en la materia en América del Sur. La segunda de tales facetas nos es mucho más familiar a todos los católicos venezolanos, quienes aguardamos con devoción el definitivo ascenso a los altares del médico trujillano posiblemente muy pronto.

Tengo fuertes reticencias frente a la manera de historiar la medicina que hemos cultivado en Venezuela. Solemos correr al llamado del hecho menor, de la curiosidad y de la nota costumbrista, pero no siempre reparamos en la dimensión del biografiado o del hecho en tanto que causa y consecuencia de su propio tiempo. Como modesto historiador de la medicina que presumo ser, me intereso en el pasado porque identifico en el presente problemas concretos a los que urge dar respuesta. De manera que no será de tópicos de cronista de los que me habré de ocupar en estas líneas.

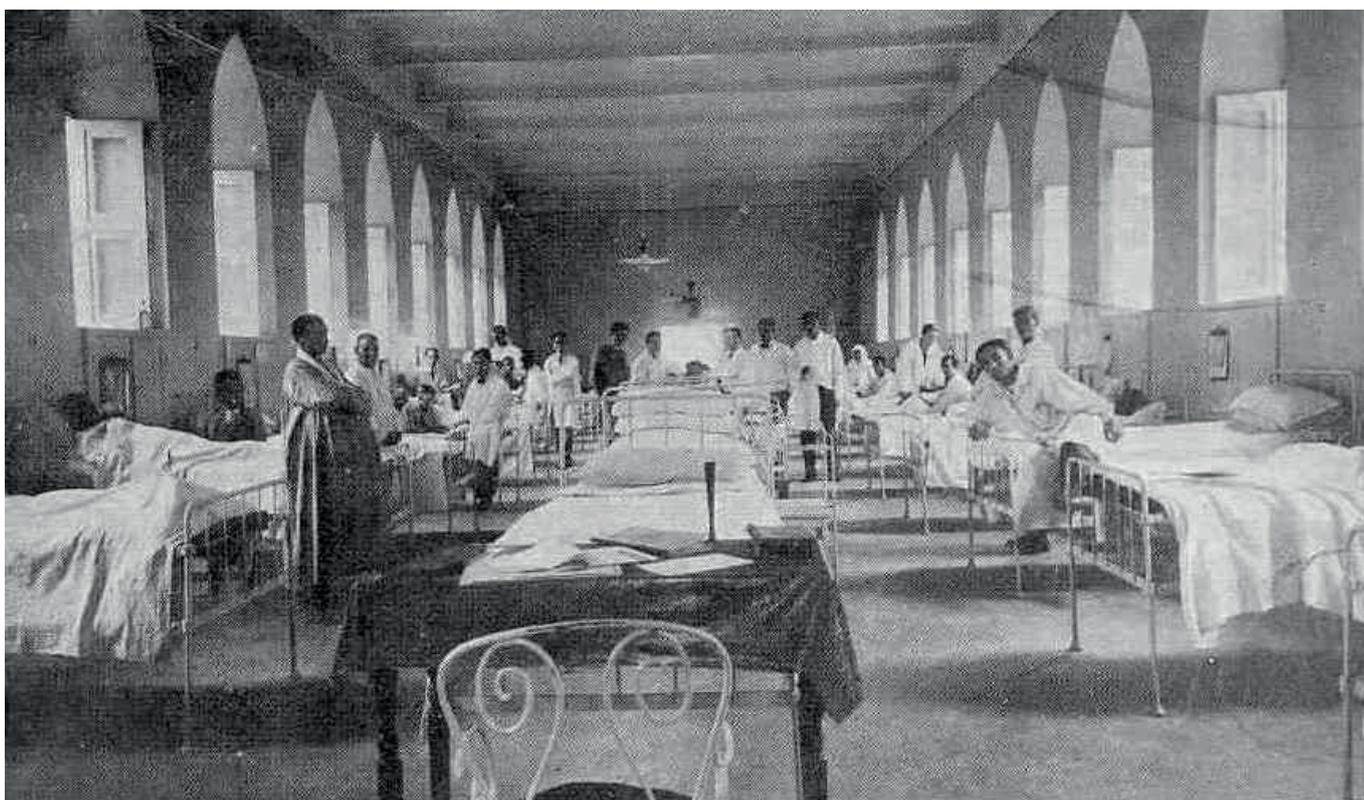
Como tampoco lo será –y lo digo no sin cierto pesar dada mi condición de católico practicante– el estudio de la figura de José Gregorio Hernández Cisneros como hombre de fe, pues no soy hagiografista. Mi interés está centrado en la faceta de Hernández Cisneros como pensador de la medicina y como hombre de su particular tiempo. De tales cuestiones habré de ocuparme aquí.

José Gregorio Hernández Cisneros deja Venezuela en 1889 para proseguir estudios en París de la mano, entre otros, de Charles Richet, quien será Nóbel de Medicina en 1913 por sus trabajos sobre la anafilaxia. Éste no es un dato menor, pues aquel médico venezolano, nacido en una familia de montañeses trujillanos conservadores profundamente católicos, llega para encontrarse nada menos que con un París viviendo en pleno esplendor de la *Belle Époque*. La medicina francesa gozaba entonces del mayor de los prestigios al conjuro de aquellos genios de la clínica cuyos epónimos aún utilizamos –Bichat, Bernard, Magendie, los tres más grandes de aquel tiempo–. Apagado el horror de la guerra franco-prusiana y dejado atrás el tiempo de las grandes revoluciones, Francia estaba agotada de épicas y sólo quería saber de lo que fuera grato y bello. La percepción básica que muchos tenemos hoy tanto de Francia como de lo francés –el *cancan*, los *petites bistrots*, la *chanson française*, los carteles de Toulouse-Lautrec, la gran novela burguesa, por ejemplo– en no poca medida se explica por referencias que nos llegan desde aquel tiempo. Aquella Francia magnífica quiso a fines del diecinueve, con ocasión de la Exposición Universal, levantar la Torre Eiffel en París, que era para entonces, probablemente, la ciudad más rica del mundo. Francia se constituyó en el faro de luz al que una paupérrima Iberoamérica y sus jóvenes repúblicas

surgidas tras 20 años de guerra emancipadora volteaban a ver. Aquí en Caracas abundan testimonios físicos de ese tiempo; en el campo médico, por ejemplo, el querido Hospital Vargas.

Aquella Francia debía tan extraordinario desarrollo a la conjunción de dos factores. Por una parte, a la acumulación de capital por la vía del aumento del producto colonial bruto durante el Segundo Imperio,

Bernard acuña entonces el término de Medicina Experimental, el mismo con el que nosotros nombramos a uno de los más importantes institutos de nuestra querida facultad. Todos los campos del conocimiento médico asistían a un poderoso impulso generador de grandes innovaciones prácticas. La bacteriología –disciplina por excelencia de Hernández Cisneros– desbancó a las tesis miasmáticas; la anatomía de Testut y La Tarjet replanteó toda la cirugía practicada



Sala del Hospital Vargas, Caracas, en la época en que José Gregorio ejerció e impartió docencia.

tiempo en el que Napoleón III metió a los franceses en aventuras imperiales hasta en México. Por otra parte, se explica por la impresionante explosión que en materia de conocimiento y de tecnología estaba ocurriendo en Francia bajo el amparo de la nueva filosofía de Augusto Comte: la filosofía positiva o positivismo.

La filosofía de Comte parte de lo «positivo», que etimológicamente se traduce en «lo que está puesto» o dado. El positivismo no atiende a dogmas ni a tesis carentes de validez experimental. El racionalismo cartesiano –no casualmente también francés– subía a un escalón superior ahora que a la *ratio* se le unía la evidencia empírica. En medicina ello marcó el abandono de las tesis vitalistas a las que, por cierto, José María Vargas adhería. Para la medicina positivista, nada ocurría en el organismo humano que no pudiera ser reproducido en un laboratorio. El gran Claude

hasta entonces y la fisiología de Bernard contribuyó a liquidar los restos del antiquísimo discurso clínico galénico que todavía pervivía en nuestras aulas universitarias. Era definitivo: en la batalla de las ideas, el positivismo había triunfado. Y como es sabido, en medicina, lo mismo que en tantas otras cosas de la vida, la opinión se anota siempre al ganador.

La nota en la Venezuela médica no podía ser otra: aquí todo el mundo se convirtió al positivismo. O al menos lo aparentó. El positivismo, basado en la evidencia experimental, no podía aceptar la existencia de esa entidad sobrenatural a la que nosotros los creyentes llamamos Dios. ¿Cómo habría de lidiar con eso el joven médico católico y célibe oriundo de Isnotú que un día expresó su intención de tomar los hábitos de la Cartuja?

No debió haber sido fácil para Hernández Cisne-

ros. Se dice que en París oía misa diaria en la iglesia del Sagrado Corazón y que se le veía huyendo de los avances de cuanta Charlotte de vestido con *polisson* y *clivage* pronunciado le abordara en los cafés de Saint Germain-des-Prés. El París de la *Belle Époque* era la expresión palmaria de una sociedad totalmente laicista. Este aspecto es clave para entender el pensamiento del Hernández Cisneros necesariamente opuesto al *imago* de un mundo próspero y bello como aquél que había decidido prescindir de la idea de Dios.

Y de allí mi interés en el drama humano de un Hernández Cisneros andino y católico, pasado por las aulas de la Universidad de París y aprobado con sobresaliente en los cursos dictados por los grandes genios de la medicina positivista, que jamás consintió en denostar de la idea de Dios como sí lo hizo, por ejemplo, Luis Razetti, quien siempre le adversó. Hernández Cisneros corre a refugiarse en las ruinas del magnífico edificio conceptual que 600 años antes había levantado el gran Tomás de Aquino, nuestro Santo Tomás, con la *Summa Theologiae*. Imagina uno lo risible que para las élites positivistas médicas caraqueñas de entonces todo aquello resultaba. El doctor Yáber Pérez describe la petulancia de académicos como Razetti al destacar que:

“Ciertas cátedras, especialmente de medicina, se habían tornado en pulpitos arrogantes de doctrinas sectarias; profesores hubo que se hicieron demagogos y sofistas agresivos en daño a la conciencia de los estudiantes”.

Occidente y sus dominios marginales –Iberoamérica y Venezuela entre ellos– sacaron a santos y crucifijos de los altares y pusieron sobre ellos a un nuevo dios llamado progreso. Nueva fe basada en la convicción infantil de que el mañana sería necesariamente mejor que el hoy; un mañana al que arribaríamos en alas de la ciencia y de su hija directa, la tecnología. Hernández Cisneros, hombre formado en esas mismas disciplinas pero sobre todo hombre de fe profunda, desconfía de toda aquella lentejuela laicista. Es como si, para Hernández Cisneros, en todo aquello hubiese algo que no «cuadraba».

Ciertamente era mucho lo que no «cuadraba» en aquel mundo encandilado por las luces de Francia. Porque si bien era cierto que se asistía a una producción de bienes a niveles que jamás antes se habían conocido, no menos cierto era que a tan espléndido festín no todos estaban invitados. La distribución

del capital, factor clave en tan poderoso fenómeno, estaba lejos de ser ecuánime en la Francia de fines del XIX. El abandono del patrón oro sobre el que se fundaron las grandes monedas de Europa y la aparición del dinero fiduciario hicieron del crédito público un espléndido negocio concentrado en muy pocas manos y de la monetización de la deuda pública por los gobiernos un perverso mecanismo de redistribución de la riqueza que hacía más ricos a los que ya lo eran y castigaba con inflación y más pobreza a los que ya estaban atrapados en ella. El dato que ofrece el economista y académico francés Thomas Piketty es sobrecogedor: en la Francia de la *Belle Époque*, la inequidad social era aún más atroz que en tiempos del *Ancienne Régime*! La novela burguesa francesa abunda en personajes emblemáticos de ese entonces: Raphaël de Valentin, el arruinado *rentier* del relato de Balzac en «La piel de zapa» que planea suicidarse arrojándose al Sena tras derrochar en la mesa de juego el último dinero del que disponía. Nunca en su vida trabajó y no tuvo que hacerlo, pues su desafortunada vida de farras y vicios se financiaba por la vía de mecanismos de especulación financiera que hacían innecesario esforzarse en nada como no fuera perseguir cinturas, jugar a los dados y ver correr a raudales las más finas champañas. El relato de Émile Zola en «Naná» nos trae a un patético conde Muffat de Benville, quien de nada tenía que ocuparse como no fuera de merodear por los camerinos de teatros de *beaudeville* procurando los favores de bellas actrices

Hernández Cisneros vivió para testimoniar los valores de la cristiandad en medio de un mundo que creyó genuinamente haber materializado el mito prometeico

de segunda que, más que de aplausos, andaban en busca de un avejentado amante que las mantuviera. No muy distinta debió ser la cosa en la Inglaterra victoriana. Al ocioso Dorian Gray del relato de Oscar Wilde se le unen personajes como Lord Henry, un perfecto bueno para nada para quien la labor diaria no era otra que la preparación del atuendo para la función teatral de esa noche en el Bristol, no sin antes haber degustado el té servido por su servil mayordomo Víctor.

Gentes sin oficio ni talento que debían sus altos niveles de vida y consumo al hecho de ser tenedores de bonos del estado como los *consols*, emitidos por el Banco de Inglaterra para financiar al gobierno de

Su Majestad Británica. Lo mismo en el continente que en las islas británicas, las consecuencias sociales de aquel lucrativo arreglo de política económica que puso por sobre la remuneración del trabajo a la del capital quedaron retratadas en la literatura de este tiempo. Lo plasmó Víctor Hugo en el drama de Eponina, la niña de las barricadas de «Los Miserables» como también Charles Dickens en el de los niños carteristas de «Oliver Twist». De los nuestros, será Fermín Toro quien tome nota de ello desde Manchester y lo recoja en su novela «Los mártires» de 1842.

Algo en aquella atmósfera social y ética no le «cuadraba» –y con razón– a Hernández Cisneros, quien quizás por ello corrió a guarecerse bajo el ala del pensamiento del Aquinatense. Leyendo sus *Elementos de Filosofía*, de 1912, evoca uno aquello que escribe Saulo de Tarso, nuestro san Pablo, en su carta a los Romanos: «Él –Dios– es el origen, la guía y la meta del Universo» (Rm, 11: 29-36). La Iglesia católica de entonces también alzaría su voz ante aquellos dramas, con León XIII y la encíclica *Rerum novarum* de 1891: «Mira bien lo que haces, Europa», pareció advertir la cátedra de Roma, sin que por ello nadie atendiera a su llamado. Las consecuencias, como años después vimos, fueron terribles. Hernández Cisneros vivió para testimoniar los valores de la cristiandad en medio de un mundo que creyó genuinamente haber materializado el mito prometeico; de una Europa que, autocomplacida en sus grandes logros, olvidó ver hacia los lados percatándose de su error sólo cuando a la cabeza de sus proletarios y sus paupérrimos veinte años más tarde, viera aparecer a un oscuro cabo austríaco y a un soldado italiano veterano de las guerras de Abisinia: a Adolf Hitler y a Benito Mussolini.

¿Tiene algo que decirnos este inmenso pensador, hombre de fe y médico venezolano a sus colegas de hoy? Sostengo que sí. Porque vivimos tiempos de una llamada «cuarta revolución industrial» cuyos teóricos médicos nos dicen todos los días que acercarnos

a escuchar a un paciente es una pérdida de tiempo y que la reflexión clínica a la cabecera del enfermo es un esfuerzo inútil comparado con la potencia de los algoritmos provistos por la inteligencia artificial. El nuevo positivismo médico, reexpresado en la corriente de la llamada Medicina Basada en Evidencia, hace aparecer como expresiones ridículas la atención a la singularidad del ser humano enfermo, pretendiendo reducir la Medicina a una especie de ingeniería del cuerpo fundada en las tesis de Alphonse Quetelet y «el hombre promedio». ¿Es así realmente para nosotros? ¿Nos abstendremos de poner la mano sobre la

frente de nuestro paciente moribundo en un ejercicio de elemental piedad médica sólo porque no haya «nivel de evidencia I-A» que lo fundamente? Esta época digital, estos «tiempos líquidos», como los llamó acertadamente Zygmunt Bauman, son también tiempos en los que, como en la Francia de la *Belle Époque*, parece ya no haber espacio para Dios. Razón tiene el pensador francés contemporáneo Gilles Lipovetski cuando en su obra «La era del vacío» de 1993 afirma que «el individuo, encerrado en su ghetto de mensajes, afronta desde ahora su condición mortal sin ningún apoyo trascendente, ya sea político, moral o religioso».



Sto Tomás, detalle del Políptico de Valle Romita (c. 1400), de Gentile da Fabriano.

¡Qué provechoso nos resultaría en estos tiempos sacar al último tomista venezolano, a José Gregorio Hernández Cisneros, de la estampita que llevamos en el carro o en la cartera para traerlo a nuestra propia reflexión actual como gentes de este país y, en nuestro particular caso, como médicos! Puede que entonces descubramos la potencia de pensamiento de aquel colega andino educado en París que con facha algo estrafalaria andaba por la Caracas de hace un siglo asistiendo a enfermos pobres hasta el día aciago en el que, tras un absurdo accidente, marchara en pos de la eternidad llevado a hombros por un pueblo que –como reza el verso de nuestro entrañable Andrés Eloy Blanco– hace muchos años que ya lo hizo santo. ●

Evangelización

1º de mayo, renta básica y Doctrina Social de la Iglesia

Luis Argüello

Luis Argüello, obispo auxiliar de Valladolid y actual Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, escribió este artículo con motivo del primero de mayo, en plena pandemia del COVID-19 y ante el anuncio del gobierno de España estableciendo una renta básica.

La pandemia COVID-19, con sus consecuencias sanitarias y el confinamiento exigido para evitar su expansión, ha suscitado un reconocimiento unánime del valor del trabajo. Así, se aplaude la entrega del personal sanitario, de quienes trabajan en tiendas, supermercados y farmacias; también Fuerzas Armadas y Policía; personal de limpieza y trabajadores del campo, transportistas, trabajadores de mercados centrales; profesores, periodistas, profesionales de medios de comunicación social; quiosqueros; sacerdotes, trabajadores de servicios sociales y residencias de ancianos; también el teletrabajo y el reparto de lo adquirido online, las reflexiones sobre la situación y las producciones artísticas. Así como la actividad de voluntarios, vecinos, trabajo doméstico, etc. Un extraordinario elogio de la actividad humana en favor del bien común. Un aplauso al trabajo como expresión de la dignidad humana, de la capacidad de servicio, de generación de riqueza –bienes y servicios– y de

relación con otros, entretejiendo la vida social.

Resuena la afirmación de la Doctrina Social de la Iglesia: «El trabajo pertenece a la condición originaria del hombre y precede a su caída; no es, por ello, ni un castigo ni una maldición» (CDS 256). Pero también, en estas semanas de vértigo y quietud, millones de personas pierden el trabajo o ven amenazado su empleo, en una situación en la que ya muchos estaban en paro o habían recuperado un trabajo en condiciones precarias después de la crisis.

Ya en 2019 había quien escribía esta reflexión en una intervención pública: «Parecía que la crisis económica estaba superada y se anuncia otra. En realidad, quizá sea la misma: un escenario mundial de lucha –con las viejas reglas de poder y división internacional de funciones, recursos y personas– en el enorme desafío de la cuarta revolución industrial. Si la economía es global, no somos ajenos al hambre



de tantos. Experimentamos una gran inquietud por el futuro del trabajo y del Estado del Bienestar. Alguno anuncia que la travesía de la crisis nos conduce a «una nueva normalidad» –este concepto, surgido en el año 2010, lo expuso institucionalmente el entonces presidente del Deutsche Bank, el suizo Josef Ackermann, el 5 de septiembre del 2011–. Trabaja, desde entonces, sobre este oxímoron el Foro de Davos que, desde 2016, estudia cómo encauzar la irremediable crisis del Estado del Bienestar con millones de descartados por la revolución tecnológica. El profesor Niño-Becerra, en *El crash. Tercera fase*, dice: «La nueva normalidad será vivir en una sociedad sesgada, con desempleo estructural, un subempleo elevadísimo y una desigualdad enorme. Solo se compensará con el trinomio social: la renta básica, ocio gratuito y marihuana». Puede parecer una boutade, pero da pistas.

El confinamiento provocado por la COVID-19 paraliza la vida social y económica y acelera muchos procesos ya en marcha: teletrabajo, control de la población, renta básica, transición hacia el modelo económico, social y cultural propiciado por la revolución tecnológica, con un protagonismo grande de la biopolítica: ecología, hombre exponencial e inteligencia artificial, salud y trashumanismo. La pandemia intensificará las inversiones en salud, referencia central del progreso y sustitutivo de la salvación.

El debate sobre la renta a ofrecer para paliar la crisis del Estado del Bienestar y las consecuencias de la 4ª revolución industrial es sin duda importante. La tremenda crisis económica global provocada por la pandemia lo ha transformado en urgente, con el riesgo de sentar unas bases sobre su desarrollo que, movidas por lo urgente, eviten a

la sociedad el necesario debate sobre el sentido del trabajo como fuente de riqueza y expresión del protagonismo personal y social en la convivencia y el camino histórico.

La fase actual del capitalismo financiero y tecnológico, liderado por las grandes corporaciones de la información, une su condición tecnocrática en el control de la economía, a una propuesta compasiva y moralista en la cultura y las formas de vida que tiene como finalidad última el poder; éste anula la libre conciencia con el señuelo de ofrecer más y más libertades que no cuestionen el marco de su paradigma tecnocrático y cultural. Desde ese marco es fácil condicionar la política global y nacional. Es un ámbito donde caben propuestas de capitalismo ortodoxo, populismos, ONGs y todos los altavoces de lo políticamente correcto. Hay liberales y socialdemócratas, China y Estados Unidos, espiritualistas y secularistas. Resulta cada vez más difícil utilizar los esquemas decimonónicos de izquierdas y derechas. La realidad del sufrimiento es tozuda y grita, y juzga esta situación histórica como a todas. Surge una tentación: anular el sufrimiento, anulando a los que sufren.

La llamada renta básica ha sido propuesta en los últimos años por economistas de casi todo el espectro ideológico, ya como Renta de Garantía de Ingresos (RGI), llamada por otros Ingreso Mínimo Vital, o como Renta Básica Universal (RBU). Para

unos es una forma de sustituir el Estado del Bienestar en el nuevo tiempo, para otros un desarrollo más pleno del Estado social de derecho. Ambas tienen sus complicaciones técnicas y de financiación. Son asuntos en los que no entro, pues no son de mi competencia y pertenecen al ámbito de la genuina libertad en la acción política. Pero sí quiero realizar algunas consideraciones.

La primera es poner siempre delante a los empobrecidos a consecuencia de situaciones personales, familiares o de la injusta situación económica. Su sola existencia reclama cercanía y propuestas. Ahí se sitúa el IMV, que quizá sea siempre necesario, pues pobres siempre caminan a nuestro lado.

El trabajo expresa el ser de la persona en el hacer y ese mismo hacer tiene consecuencias en el ser y su desarrollo. Incorpora al sujeto trabajador a la construcción del común, promociona –empodera, dice la neolengua políticamente correcta– personal y socialmente. Entra en relación con el capital en un coloquio imprescindible para ofrecer en el devenir histórico los bienes y servicios que cada generación precisa. Pero el trabajo tiene una prioridad sobre el capital que no ha de olvidarse al organizar sus relaciones. La retribución del trabajo es el salario, la del capital la renta. Si las llamadas rentas básicas, ya RGI o RBU, no promocionan el trabajo, el riesgo de que el capital que las genera, estatal o privado, explote a

Si las llamadas rentas básicas no promocionan el trabajo, el riesgo de que el capital que las genera, estatal o privado, explote a muchos y arranque el protagonismo histórico a la mayoría es muy grande. Generar dependencias es un instrumento habitual de dominadores.



Colas para el reparto de alimentos durante la pandemia COVID-19 (Valencia, 2020)



Colas para obtener cartillas de racionamiento durante la dictadura, Sevilla, 1940 (foto Cecilio Sánchez del Pando).

muchos y arranque el protagonismo histórico a la mayoría es muy grande. Generar dependencias es un instrumento habitual de dominadores. Todo bien y servicio es hijo del trabajo, no de la renta. Por eso dice el Papa Francisco: «Tal vez sea tiempo de pensar en un salario universal capaz de garantizar y hacer realidad esa consigna tan humana y tan cristiana: ningún trabajador sin derechos. Quiero que pensemos en el proyecto de desarrollo humano integral que anhelamos, centrado en el protagonismo y el acceso universal a esas tres T que ustedes defienden: tierra, techo y trabajo». «El trabajo es un derecho fundamental y un bien para el hombre, un bien útil, digno de él, porque es idóneo para

expresar y acrecentar la dignidad humana» (CDS 287).

Por ello, la clave está en generar, con un respeto grande a la realidad, una economía que promocióne, para lo cual, quizá sea necesario —en tiempo de pandemia sin duda— un ingreso vital abierto a la promoción y al trabajo digno. Pero no se puede hablar de rentas mínimas sin plantearnos la justificación de las rentas máximas.

En el Día del Trabajo 2020 es conveniente proponer un nuevo pacto social que convoque al mercado, al Estado y a la gratuidad de la sociedad civil; pero no basta, conviene repensar el valor del trabajo,

el sentido del progreso, el papel de la familia y los estilos de vida en un programa de gobierno para el bien común. Pero no será posible liberarse de las ataduras del gnosticismo tecnocrático y del pelagianismo moralista, falsamente compasivo, sin una fuerte espiritualidad.

Que san José Obrero interceda por nosotros para impulsar el plan para resucitar como propone el Papa Francisco: Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide «no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo».

El dolor

Guillermo Rovirosa

El Dolor, tanto el dolor físico como el dolor moral, sigue y seguirá siendo el gran interrogante de la Humanidad.

- ¿Por qué el dolor?
Y hubo, hay y habrá espíritus simplistas que hacen del dolor su principal argumento de ateísmo:

- Si existiera Dios, ¿cómo podría permitir...?

Precisamente es el dolor uno de los aspectos que ponen más en evidencia la existencia de Dios.

Porque el dolor es el gran estorbo para los que quisieran que este valle de lágrimas fuera el paraíso terrenal.

El bienestar tiende ferozmente a aislarnos, a complacernos en nosotros mismos; si nos proyectamos fuera es con objeto de perfeccionar nuestro bienestar físico o moral.

Quien no ha sufrido, quien ha encontrado expedito el camino en la vida, cae necesariamente en el egoísmo; más o menos disfrazado, más o menos consciente.

Todos conocemos (y a veces «somos») ejemplos de personas que aparecen como «espíritus fuertes», y haciendo planes y proyectos maravillosos... que, como castillos de naipes, son derribados por el más leve soplo de una contrariedad o de un dolor.

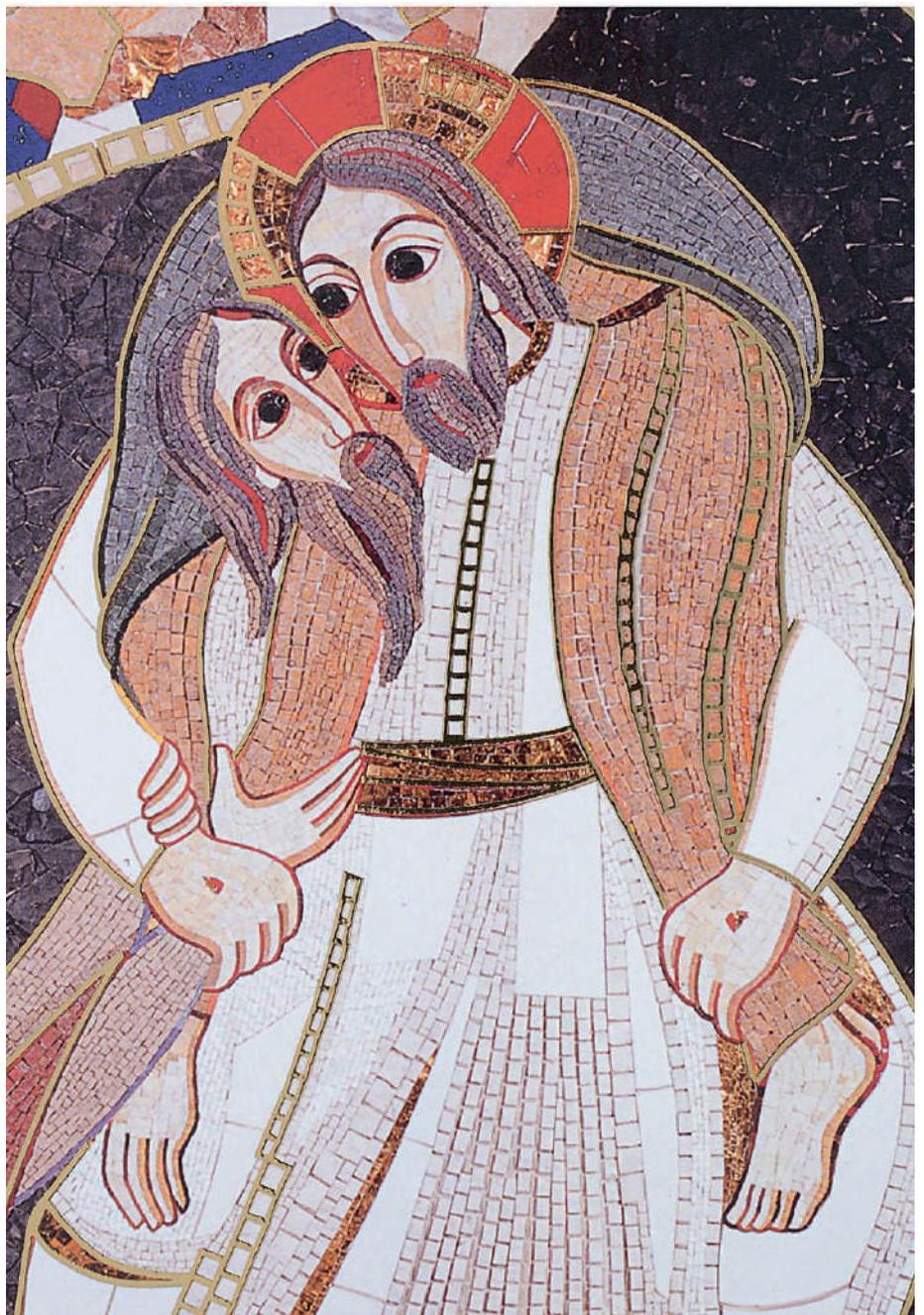
Esto puede explicar el porqué la gente devotísima que ama la buena vida, suele ser absolutamente incapaz para cualquier verdadera tarea de apostolado, que lleva consigo un

auténtico sacrificio.

A lo más que se llega es a alguna de las innumerables formas de paternalismo.

La primera manifestación del dolor es el grito. ¿Y qué es el grito, sino una llamada a *alguien* que pueda comprender el dolor y poner un remedio?

El grito es una afirmación de inferioridad del ser



El buen pastor, de Marco Ivan Rupnik.

vivo. Muchas veces el que profiere gritos de dolor no sabe a quien los dirige; llama a alguien; al primero que se presente.

El sufrimiento implica una necesidad insatisfecha, y para apaciguarse es menester que la necesidad sea atendida. Pero produce un gran alivio el ver la propia necesidad compartida, al menos, moralmente, por los demás.

Así, el enfermo viene aliviado por el sufrimiento que adivina en los familiares que le atienden. Así el mismo que ha perdido su salario en el juego pega a su mujer y a sus hijos. Así las bestias heridas tienden a herir a cualquier ser vivo que esté a su alcance. Así el colérico rompe los objetos que encuentra a su paso aliviando su cólera con la cólera que su acto provocará en el propietario de los objetos.

El que padece grita, llama, exige y reclama al que compadece (padece-con). Esta es la primera y elemental exigencia del dolor, de todo dolor, ya sea físico o moral. El remedio ya lo pondrá «el otro».

Esto quizá pueda explicar la ingratitud de que se quejan tantos católicos dedicados a las «obras buenas» que tienden a aliviar dolores, pero que no dejan en los favorecidos la sensación de haber *padecido con*.

El cristiano auténtico, cuando sufre, encuentra siempre su dolor compartido en dosis abrumadoras por el Divino Crucificado y es entonces cuando se hace *uno* con Cristo. Y se abraza al dolor. Y para él el dolor ya no es una carencia, o un vacío, que hay que llenar, sino una plenitud que se desborda y se derrama sobre otros que sufren el dolor máximo: la carencia, el vacío de Cristo. Así se continúa y perpetúa la obra redentora del dolor de Cristo; así Dios sigue visitando su pueblo.

Pero el cristiano auténtico que no sufre personalmente graves quebrantos físicos y morales, pero ha sido convertido a Cristo por el grito inaudito y estentóreo que convirtió al Centurión y que resuena y resonará potente hasta el fin de los siglos desde todas las imágenes del Crucificado, siente la necesidad ineludible de padecer con Cristo doloroso.

Muchos podrán quedar satisfechos sufriendo imaginativamente con un Cristo de escayola, de marfil o de metal. Otros quedarán satisfechos para todo el año derramando unas lagrimitas muy dulces, escuchan-

do un sermón, el viernes santo, pronunciado por el orador sagrado de moda.

Pero el cristianismo auténtico sabe que el Hombre de Dolores sigue vivo y palpitante en los hombres de dolor; en las criaturas humanas que sufren. Sabe también que los gritos de todos los que sufren reclaman (sin ellos saberlo) la manifestación de los hijos de Dios.

Cristo escarnecido, Cristo sediento, Cristo despreciado, Cristo viviendo en un establo, Cristo azotado y preso, Cristo abandonado de todos, Cristo clavado en un lecho de tormentos..., sigue viviendo y sufriendo a nuestro lado; nos rodea por todas partes. Son inútiles los esfuerzos que hacen Leví, Anás, Herodes y Pilatos para eliminarlos en la circulación de las calles céntricas de las opulentas Babilonias de hoy: en los suburbios que rodean y acusan a la ciudad, sigue Cristo viviendo y sufriendo en las personas que pagan delitos que no han cometido.

Y todo lo que pueden hacer las buenas personas «del Centro» de la ciudad es organizar sus limosnas (que nunca se detraen de «lo necesario» sino de lo ampliamente superfluo) para alejarlo de la circulación de las calles céntricas. Y siendo así, ¿cómo podrán gozar del beneficio de padecer con Cristo doloroso, si no le ven ni oyen su grito inmenso y atronador?

¿Puede alguien imaginarse una comunidad de compasión (padecimiento común) entre el dolor y las ansias de «buena vida»?

El equilibrio, la comunidad de sufrimiento, solamente puede establecerse entre los que sufren con Cristo y los que sufren sin Cristo. El grito desgarrador de los últimos es contestado por el abrazo de los primeros.

La solidaridad puramente humana (tan frecuente por fortuna entre los cristos inconscientes que viven en sus personas todos los dolores, oprobios y afrentas del Redentor) se eleva al plano divino cuando el Amor de los Cristos conscientes abre los caminos maravillosos de la Gracia y de la Redención. Un ejemplo palpitable de esto es la narración del dolor transfigurado de Juan Hernández, que pasó de militante comunista de primera línea a supermilitante de la HOAC.●

Pese al Covid, continúan los crímenes contra los cristianos...

Pakistan

Maira Shahbaz

14 años



HECHO CRIMINAL: 28 de abril de 2020, Madina Town (Faisalabad, Pakistán). La niña Maira Shahbaz, de 14 años, católica, es secuestrada en plena calle por sicarios armados contratados por un hombre casado y con hijos, lujuriosamente encaprichado de ella. Es obligada a casarse con él y a convertirse al Islam. Las autoridades se lavan las manos.

CONTEXTO: 700 secuestros de este tipo cada año en Pakistán. A ello se añaden ataques a cementerios, iglesias, sacerdotes y fieles cristianos. Además, el gobierno acusa falsamente, tortura y condena a muerte a muchos cristianos con base en las leyes antiblasfemia.

CAUSA POLÍTICA: Nacionalismo musulmán fanatizado (vinculado al yihadismo) que campa a sus anchas a la sombra de una élite militar corrupta (presidida por Imran Khan). Con las infames leyes antiblasfemia esta élite ejerce el control sobre los no musulmanes e incita al odio religioso entre una población embrutecida y empobrecida.

ESPERANZA: Sandhu, ex ministro de Punjab para los Derechos Humanos y Asuntos de las Minorías, planteará el caso de Maira en la Asamblea del Punjab. Sandhu fue compañero de estudios del exministro para las minorías de Pakistán Shahbaz Bhatti, asesinado en 2011 por oponerse a la ley antiblasfemia. Sandhu afirma: «Lo que me motiva es mi fe en Jesús y tener presente el pasaje del Evangelio donde Cristo revela que ha sido enviado a liberar a los cautivos».

India

Samaru Madkami

14 años



HECHO CRIMINAL: 4 junio de 2020, 9:30 de la mañana, Kenduguda (estado de Odisha, India). Samaru Madkami de 14 años, miembro de la comunidad Dalit y recientemente convertido al catolicismo, es asesinado a bastonazos por un grupo de radicales hinduistas que lo acusaban de brujería.

CONTEXTO: En los años 2017 y 2019 se produjeron 1.727 actos de violencia contra los cristianos en la India. A mitad de 2020 son ya 328 ataques que incluyen palizas, detenciones ilegales e intentos de asesinato. Los agresores son turbas nacionalistas hindúes.

CAUSA POLÍTICA: Nacionalismo hindú al servicio del control político y económico. El gobierno del Bharatiya Janata Party's (BJP) presidido por Narendra Modi (en el poder desde 2014) excita y anima a la violencia homicida que anida en parte de la sociedad india, contra personas y lugares de culto de las religiones no hinduistas, en especial de musulmanes y cristianos, así como contra los más pobres (Dalit). Se garantizan así su poder político y económico.

ESPERANZA: El obispo de Berhampur, Sarat Chandra Nayak, director de la Oficina para las Castas y Clases Desfavorecidas de la Conferencia Episcopal India (CBCI), denuncia que Samaru fue asesinado por haberse convertido al cristianismo tres años atrás. Denuncia que los grupos que controlan la política local y la economía azuzan el rechazo a las conversiones y promueven la intolerancia hacia los Dalit y los cristianos. Prefieren que los pobres sigan siendo pobres y sin formación para poderlos explotar mejor.

Nigeria

Ropvil Daciya Dalep

21 años



HECHO CRIMINAL: 24 de enero de 2020, en algún lugar del norte de Nigeria. Ropvil Daciya Dalep, cristiano, estudiante de Biología de la Universidad de Maiduguri (Borno, Nigeria), es ejecutado de un disparo en la cabeza tras 15 días de secuestro. Los asesinos, terroristas del Estado Islámico, declararon haberlo hecho por venganza contra la "colonización cristiana" de África.

CONTEXTO: Desde 2015 se han producido unos 12.000 asesinatos de cristianos (32.000 desde 2009) y destruido unas 1.500 iglesias. En la primera mitad de 2020 se han producido 620 asesinatos. Los atacantes son miembros de Boko Haram, del Estado Islámico y de milicias Fulani que ansían las tierras de los cristianos vía limpieza étnica.

CAUSA POLÍTICA: El islamismo yihadista y el nacionalismo musulmán impulsado por élites militares que dominan la economía petrolera y la política de Nigeria, actualmente gobernada por el exgeneral golpista Muhammadu Buhari, reciben el apoyo de Iran y Arabia Saudita, que buscan influencia y acceso a tierras de cultivo.

ESPERANZA: El 1 de marzo de 2020, al terminar una marcha de protesta en la capital, el arzobispo Augustine Akubeze, presidente de la Conferencia Episcopal de Nigeria, instó al gobierno a poner fin a la violencia contra los cristianos y reclamó al presidente Buhari poner fin a su ya prolongado silencio ante las agresiones: de otro modo, su silencio sería un apoyo a la barbarie. También le pidió que negara abiertamente la existencia de una agenda oculta para la islamización del país.

China

Agustín Cui Tai

70 años



HECHO CRIMINAL: 22 de junio de 2020, China. El obispo católico de la diócesis de Xuanhua (Hebei, China), Agustín Cui Tai, es detenido por su negativa a unirse a la Iglesia Católica "patriótica" y a abandonar la Iglesia Católica "oculta". Agustín ha pasado los últimos 13 años entrando y saliendo de prisión.

CONTEXTO: Persecución encubierta contra la Iglesia católica. Oficialmente se pretende su "supervisión" estatal en el marco pactado con el Vaticano (acuerdo de 2018). Pero de hecho, se la persigue y hostiga en todos los frentes imaginables, incluido el secuestro y el asesinato, destrucción de templos...

CAUSA POLÍTICA: Nacionalismo ateo al servicio de la élite del partido comunista. El presidente Xi Jinping sostiene un discurso nacionalista basado en la identidad china (sinización) como forma de mantener la cohesión social y la adhesión popular que le facilite su control totalitario de país y su proyecto económico-político que perpetúe a la élite burocrática en el poder. El resto del mundo mira impasible.

ESPERANZA: El cardenal Zen, arzobispo emérito de Hong Kong y los católicos de la Comisión Justicia y Paz de esta diócesis, han iniciado una campaña para reclamar que las autoridades liberen a Agustín. La campaña también dará visibilidad internacional a un hecho: el Gobierno chino, cuando quiere, sigue deteniendo a obispos y sacerdotes que no han cometido ningún crimen.

...y la Iglesia católica sigue luchando contra sus causas

Alma de pobre

Recogemos el testimonio del hermano Simplício, de 28 años, quien ha entregado su vida por amor al Evangelio y a los pobres. Con él queremos recordar a tantos cristianos que siguen dando su vida por amor a Cristo, amor que se manifiesta en su cuerpo sacramental que son los más pobres entre los pobres. Muchos sacerdotes –jóvenes o ancianos– han fallecido durante esta pandemia por atender a los enfermos y acompañar a los muertos y sus familias. No han dudado en arriesgar su vida por la causa del Evangelio. Muchos cristianos se siguen jugando la vida, permaneciendo fieles contra toda esperanza, manifestando que el Amor de Dios es más fuerte que la muerte y que el mal. Los recordamos con agradecimiento infinito a Dios y a ellos: sus vidas son un tesoro que nos alienta a seguir luchando.

El hermano Simplício José do Menino Jesus falleció el día 29 de mayo al enfermar de covid-19, después de entregarse completamente a Dios al servicio de los más pobres, en particular de las personas que viven por las calles en situación de abandono, y cuya situación se está agravando por la pandemia. «Es un privilegio morir por la causa de los pobres pues ellos nos abrirán las puertas del cielo», dijo antes de morir.

El hermano Simplício entro en la Comunidad Toca de Assis, en 2016 y estaba destinado en la misión de Fortaleza, en Brasil, cuando empezó la emergencia sanitaria. Cuando descubrió que había contraído el coronavirus, su salud ya estaba muy comprometida. El joven religioso pasó varios días entubado, con respirador, y llegó a necesitar hemodiálisis.

«Estamos aquí con nuestros hermanos para no dejar que sufran aún más de lo que ya sufren por el suplicio de las calles», dijo el hermano Simplício, en el video publicado en su cuenta de Instagram poco antes de su muerte. Antes de quedar inconsciente, el hermano Simplício envió un mensaje de audio, en donde citaba una conmovedora frase de san Vicente de Paul: «Es un privilegio morir por la causa de los pobres pues ellos nos abrirán las puertas del cielo».

El día de su profesión religiosa, el hermano Simplício recordó dos sueños que tenía en la infancia: ser monaguillo y hacer la primera comunión. A los 8 años pudo cumplirlos y empezó a dedicarse cada vez más a

la Iglesia y a los sin techo. El mismo contó su experiencia:

«Aún dentro de mi parroquia, el Señor ya me había llamado a mostrar a los otros jóvenes cuán bella es nuestra liturgia. Conocí la *Toca de Assis* con 12 años, pero sólo pude comenzar a discernir mi vocación a partir los 15 años, que era la edad permitida. Siempre tuve una aptitud muy grande por la Iglesia. Pensé en ser sacerdote, pues no sabía que era posible ser fraile o consagrado. Entonces, cuando conocí la vida consagrada, me encantó; y en medio de ese deseo vocacional descubrí la

Fraternidad de la Toca de Assis. Todavía afuera, seguí y experimenté el carisma porque participé en eventos, adoración y trabajo pastoral en la calle. Cuando cumplí 18 años, me uní a la fraternidad (...)

Dios me pedía algo más, y ese algo era donar mi vida completamente. Tenía la necesidad de vivir con Jesús, no solo de ir a la Iglesia. Entonces la *Toca* y la vida consagrada son una gran realización de ese sueño. Vivir con Dios, adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento y cuidar de sus pobres en las calles fue mi deseo inicial, y es el deseo que quiero para siempre. Nuestra misión en la *Toca de Assis* es adorar a Jesús y después llegar al corazón del pobre, que es Él mismo disfrazado».

El hermano Simplício utilizaba también los medios digitales para pedir donaciones y oraciones por los que están tirados en las calles:

«Mucho más que el alimento físico, estamos allí con ellos, de corazón a corazón, para sentir también el dolor que sienten. Imploro la oración de cada uno por todos nosotros, pidamos a la Santísima Virgen María que pueda extirpar ese virus de nuestra humanidad, para que podamos disfrutar de las alegrías», dijo en una de sus últimas publicaciones.

El hermano Simplício es un testimonio de la radicalidad del evangelio para tantos jóvenes que andan perdidos sin conocer a Cristo. El mismo escribirá en su página de *Facebook*:

«El hecho de ser de Dios no lastra nuestra juventud, ni nos exime de disfrutar de la belleza contenida en las obras de la creación divina, por el contrario, nos lanza en las relaciones saludables, en una vivencia legítima. Ser un joven de Dios es poder vivir con intensidad, siendo libre verdaderamente, pudiendo optar por el bien y no dejarse esclavizar por el pecado, por las pasiones desordenadas y ni por el simple placer momentáneo, tan característico del pecado. Un joven cristiano vive libremente mirando la eternidad, lo que no pasa, reflejándose en el misterio de la relación trinitaria.»



El hermano Simplicio con un sin techo.

El arzobispo de Río de Janeiro, el cardenal Orani Tempesta, envió a la comunidad un mensaje de solidaridad por el fallecimiento del joven: «Al conocer al hermano Simplicio, agradezco a Dios por los grandes ejemplos que tenemos hoy. Pido para que

estas señales aparezcan cada vez más en la sociedad, aparezcan en la Iglesia y que podamos agradecer a Dios por estos hombres y mujeres que dedican su vida al Señor y a los más necesitados».

✂

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"

Nombre

DNIe-mail.....

C/ nº piso

Localidad Provincia CP

Tlf fijo Tlf móvil

Deseo suscribirme a las Ediciones "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
 - como AMIGO 24 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
 - como COLABORADOR 15 € / 1 año
 - como AMIGO 30 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
 - como AMIGO 24 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS** (5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
 - como COLABORADOR 15 € / 1 año
 - como AMIGO 30 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA
ES	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Titular de cuenta:

DNI: _____ Firma: _____

Fecha:.....

Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86
 email: administracion@solidaridad.net

San Carlos de Foucauld

a la santidad
por la encarnación
en los pobres

«Dios mío, yo no sé si es posible a ciertas almas verte pobre y seguir siendo ricas, vivir cómodamente, cuando tú has sido pobre y vivido penosamente de un duro trabajo. Yo no puedo, Dios mío, amar así.»

El 27 de mayo de 2020, el papa Francisco autorizó a la Congregación para las Causas de los Santos la atribución de un milagro al beato Carlos de Foucauld, paso definitivo para su canonización

